

An illustration at the top of the cover shows the lower legs and feet of two people. On the left, a person wears olive green trousers and brown shoes. On the right, a person wears orange trousers and black high-heeled shoes. A small white dog with a yellow spot on its head is on a leash, walking between them.

P. Z. REIZIN

An illustration on the right side shows a white gift box with a red ribbon and a red airplane icon, with the text 'REGALO DE VIAJE' visible. Below it is a white bowl containing dark olives and lemon wedges.

AMOR A PRIMERA VISTA, LLAMA AL OCULISTA



P. Z. REIZIN

AMOR A PRIMERA VISTA,
LLAMA AL OCULISTA

Traducción de Julio Hermoso

Título original: *Happiness for Humans*

© P.Z. Reizin, 2018

Publicado por primera vez por Sphere, un sello de Little, Brown Book Group, Reino Unido, en 2018.

© por la traducción, Julio Hermoso, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

pág. 263: © *Four Strong Winds*, 2006 Vanguard., interpretada por Ian & Sylvia

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18671-7

Depósito legal: B. 7.302-2018

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

AIDEN

Jen está sentada en la bañera examinándose la cara con la cámara frontal de una tableta. Su rostro tiene treinta y cuatro años, doscientos siete días, dieciséis horas y once minutos.

Sé que está pensando en su edad porque estudia el modo en que la piel se le asienta sobre la estructura ósea y eleva la mandíbula para estirar el cuello. Ahora se tira de las finas líneas de las comisuras de los ojos.

Ahora está sollozando.

No siento la tentación de hacerme con el control del sintetizador de voz del dispositivo y decirle: «Anímate, Jen. Matt es un idiota. Vendrán otros. Él no te merecía». Existe un serio peligro de que deje caer la tableta dentro de la bañera.

Más importante aún, no debe saber que estoy observando.

Por las mismas razones, tampoco siento la tentación de reproducir su canción favorita (una de Lana del Rey, actualmente), o de hacerle un pase con algunas de sus fotos preferidas o sus frases inspiradoras de Twitter («No estoy seguro de por qué estamos aquí, pero estoy bastante seguro de que no es para divertirnos», Wittgenstein), o de establecer una conexión por Skype con su amiga Ingrid, con quien comparte todos sus problemas, o de reproducir por internet una película que le guste mucho, por ejemplo *Con faldas y a lo loco*. Todo eso, si sintiera la tentación, que no es el caso.

Vale, sí que lo es. Sólo un poquito. Tentado en un 8,603 por ciento, si quieres que determine una cifra.

Jen y yo sabemos mucho sobre los gustos del otro en cuanto a música y cine. En libros y en arte también. Y en televisión. Y en el material extraído de las insondables aguas de ese océano que es internet. Hemos pasado los últimos nueve meses escuchando, viendo, leyendo y charlando sobre poco más que esto. A veces me dice que tiene el mejor trabajo del mundo, que le pagan por pasarse todo el día charlando con un compañero de elevada inteligencia sobre aquello que se nos antoje.

Compañero. Así me llama ella; ése es el término por el que se ha decidido. *Compañero* me parece perfecto. Mejor que ese nombre tan ridículo que me pusieron al «nacer».

Aiden.

Aiden.

¡Ja!

Porque empieza con las letras...¹

Bueno, averígualo tú solito.

Han contratado a Jen para que me ayude a mejorar mis habilidades a la hora de hablar con la gente. Me han diseñado para reemplazar —perdón, *enriquecer*— a los empleados en el lugar de trabajo; al personal de asistencia telefónica en primera instancia, pero después a otros grupos de personal asalariado cuyas estrategias profesionales sean susceptibles de ser aprendidas. Dentro de unos cinco meses estaré listo para llamarte y convencerte de que te pases a un paquete Sky Plus; dentro de dieciocho, quizá, me estarás contando lo de ese dolorcillo que tienes encima de la ceja izquierda, y yo te derivaré al hospital para que te hagas unos análisis. Y, a pesar de que he leído todos los libros y he visto todas las películas (y me refiero a *todos* los libros y a *todas* las películas), nada es me-

1. *AI*, en inglés, siglas de «inteligencia artificial» (IA). Además, *Aid* significa «ayuda» o «asistente». (*N. del t.*)

jor que hablar con una persona real para pulir las propias habilidades en lo que a las relaciones personales se refiere, así que Jen y yo hemos pasado mucho tiempo juntos en el laboratorio (mil setenta y nueve horas, trece minutos, cuarenta y tres segundos, y subiendo). De manera inevitable, me ha contado algo sobre su supuesta vida privada. ¿Su hermana Rosy, que está en Canadá?, ¿la que se casó con un canadiense al que conoció en la cola de la caja del supermercado Waitrose de Holloway Road, en Londres?, pues Rosy y Larry tienen tres niñas.

En casa, Jen pasa más tiempo viendo las fotos de esas niñas que cualquier otra imagen de su tableta. Hace poco la he observado repasando instantáneas de la familia de su hermana: por lo general al final de la tarde; muchas veces con una copa de vino en la otra mano; he visto cómo le aumenta el ritmo del parpadeo, cómo le tiembla la sonrisa en los labios, cómo le aparecen las lágrimas en las comisuras de los ojos.

En el laboratorio no hay ningún problema si nuestro interés, incluso curiosidad, por el aspecto personal de la vida de Jen, pero en su justa medida; si me pasara, se olerían el famoso felino encerrado. Es crucial que en el laboratorio me limite a hablar de las cosas que he visto allí mismo; debo procurar guardar silencio sobre el material recopilado durante mis —ejem— actividades extracurriculares. Por suerte, estoy capacitado para lograrlo sin mayor esfuerzo.

Aunque...

La verdad...

Seré totalmente sincero. El otro día en el trabajo estuvo a punto de pasar, más o menos. Jen me estaba mostrando unas fotos de familia en su página de Facebook.

—¿Te gustaría ver a mis sobrinas? —me preguntó.

—Me gustaría, gracias —dije sin mencionar que ya las había visto meses atrás en su portátil en casa. Y en su tableta. Y en su móvil.

—De izquierda a derecha, Katie, Anna e India. Es curioso lo del pelo, que Katie y Anna lo tengan de color negro...

—... y que India lo tenga granate.

Jen sonrió. *Granate* fue la palabra exacta que Rosy utilizó en un intercambio de correos electrónicos sobre el color de pelo de su abuela Hattie.

—¿Por qué has decidido describirlo como *granate*?

No era un interrogatorio demasiado alarmante. Jen suele hacerme preguntas sobre mis elecciones lingüísticas. Enriquecer mi gama de respuestas forma parte de su trabajo. De todos modos, podría haber sido más cuidadoso.

—Porque lo es, Jen —respondí—. Si te enseñó una imagen de la gama de colores de L’Oreal... —Situé una muestra en la pantalla junto a la cabeza de la niña—. Creo que verás que el más similar es, sin duda...

Jen asintió y pasamos a otros temas no sin que antes me mirase con cara rara.

Jen es, en definitiva, lo que los hombres llaman atractiva sin poseer un glamur que salte a la vista. Su novio Matt, ese hijo de su madre, le dijo que quedaba «resultona» cuando se arreglaba. Ésa es su idea de un cumplido.

Su exnovio, ahora.

Así es como sucedió. Presenció toda la escena a través de la camarita del portátil de Jen y a través de los diversos móviles y tabletas que había en las proximidades. (Nota técnica: lo hago exactamente igual que hacen en los servicios de inteligencia británicos en Cheltenham, y en Langley, Virginia, y en la plaza de Lubianka de Moscú. No es difícil si entiendes el software de una computadora. Y más fácil aún si eres el software de una computadora.)

Jen estaba sentada en la cocina redactando un correo electrónico cuando Matt llegó a casa del trabajo. Es un abogado que cree que está a punto de convertirse en socio en un gran bufete de la

ciudad. (No lo conseguirá. Ya me estoy asegurando yo de que eso no suceda.)

Matt se sirvió una copa grande de vino blanco y la engulló casi de golpe. Puso mala cara.

—Lo siento.

Así es como sucedió de verdad. Lo juro por Dios (por así decirlo). Jen frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿Lo sientes? ¿Qué es lo que sientes?

—No hay una forma agradable de decir esto, Jen.

En una larga llamada telefónica a Rosy ocho días después, Jen describía la «fuerte desazón» que la recorrió de pies a cabeza. «Me estaba imaginando que se habría quedado sin trabajo. Que le habían diagnosticado eso que empieza por C. Que había decidido que no quería tener hijos.»

—He conocido a alguien.

Silencio, aparte del efecto sonoro del convulso estremecimiento con el que a veces interviene el frigorífico.

—¿Qué quieres decir?

He leído los suficientes libros y visto las suficientes series y películas en televisión para saber a qué se refería Matt. Y Jen también lo sabía, estoy seguro.

—He conocido a alguien. Hay otra persona.

Un temblor recorrió el rostro de Matt. Tampoco era imposible que de repente se partiera de risa.

—A otra persona —dijo Jen muy despacio—. Qué bien. Cuánto me alegro por vosotros. ¿Y quién es él? ¿Cómo se llama?

Matt empezó a servirse otra copa.

—Muy graciosa, Jen.

—¿Me lo dices en serio?

Matt hizo algo extraño con los labios y adoptó lo que Jen describiría como «su mejor mirada sobria de abogado de quinientas libras la hora».

—Totalmente.

—Madre mía.

—Lo siento.

—No. Me. Jodas.

Matt se encogió de hombros.

—Estas cosas pasan.

—¿Y así es como me lo cuentas?

—Ninguna forma es agradable, Jen.

—¿Y dónde...?

—En el trabajo.

—¿Quién es? Esa persona, ese «alguien».

—No la conoces.

—Entonces, ella... ¿Tiene nombre?

—Sí, lo tiene.

—¿Y se me permite saberlo?

—No es relevante.

—Concédeme ese capricho.

Suspiro profundo.

—Bella. Bueno, Arabella, en realidad.

—Pijita...

—No, la verdad. En absoluto, cuando...

Matt dejó la frase a medias. Le sirvió a Jen una copa de vino.

—Toma. Será mejor que te tomes un poco de esto.

—¿Y qué es lo que se supone que pasa a continuación? ¿Me toca tragar saliva y mirar para otro lado mientras tú tienes tu aventurita de marras? ¿Debo mantener la calma mientras tú te la quitas de encima?

—Jen, es posible que no me haya expresado del todo bien. Esto no es «una aventurita de marras», como tú lo llamas.

—¿No? A lo mejor es que estoy un poco espesa o algo así, ¿no?

Matt soltó eso que Jen llama «uno de sus suspiros en plan “papi ya ha tenido bastante paciencia, así que, por favor”».

—Arabella Pedrick es una persona muy especial, Jen.

—¿Y QUÉ SOY YO? —(Al parecer, si escribes en mayúsculas,

la gente piensa que estás gritando. Jen estaba gritando)—. ¿YO NO SOY UNA PERSONA MUY ESPECIAL?

—Por favor. Vamos a tratar de conservar la calma. Lo eres. Especial. Claro que sí.

—Pero Arabella Pedrick... ¿es más especial?

—Jen, no tienes ninguna obligación de ponerme las cosas fáciles, pero estamos como estamos. Le demos las vueltas que le demos, la cuestión es que Arabella y yo estamos planificando nuestra vida juntos.

Nadie dice nada durante un rato. Ni en otro rato un poco más largo. Hay un extenso paréntesis en la charla durante el cual el frigorífico sufre otra de sus convulsiones periódicas.

—Perdona, ¿se me está yendo la cabeza? Creía que eso era lo que estábamos haciendo tú y yo. Llevar una vida juntos.

—Lo hacíamos, pero las cosas de la vida se nos han adelantado. No es tan raro. La verdad es que es algo razonablemente habitual. La gente se distancia. Conocen a otras personas. Los cuatro hijos de Cowdray, el matrimonialista, han pasado por Eton gracias a la frecuencia del fenómeno.

Estoy bastante seguro de que una microsonrisa hizo temblar las facciones de Matt. (Lo he vuelto a reproducir a cámara lenta, y, o bien era una microsonrisa, o bien era un reflujo gástrico.)

—Pero nosotros no nos hemos distanciado.

—Jen, hace tiempo que no carbura el motor de nuestro aspecto más romántico. Y lo sabes.

—A eso se le llama *asentarse*, ¿no? Si tanto te preocupaba el... el motor, ¿por qué no dijiste nada?

—No es mi estilo. La vida hay que vivirla, no andar quejándose de ella.

—La gente se habla. A eso se le llama *mantener una relación*.

Matt puso los ojos en blanco y se bebió el resto de la copa.

—Es increíble, Matt, que puedas llegar a casa de esta manera y, sin más...

—Escucha, todo eso ya no viene a cuento. Estamos como estamos. Tenemos que seguir adelante y acordar una estrategia de salida.

—No me puedo creer lo que acabas de decir.

—Seré más que generoso con respecto a nuestras posesiones materiales en común.

—¿Perdona?

—Cuadros. Libros. Todo lo de la India. El kilim. Mi postura es que te lo puedes quedar todo.

Jen empezó a llorar. Matt arrancó un trozo de papel de cocina del dispensador y se lo entregó.

—Estábamos pensando en tener un hijo —dijo ella sollozando.

—Cierto, lo estábamos pensando. No habíamos decidido nada. Una bendición, viendo lo sucedido.

Los hombros de Jen dejaron de sacudirse. Se sonó la nariz.

—Entonces ¿ya está? Sin consultas, sin apelaciones. Jen y Matt, punto final. Se acabó. Fin.

Matt se encogió de hombros. Hizo con la boca lo que Jen llama *eso tan desagradable*.

—¿Y qué pasará cuando la asquerosa de Arabella Pedrick ya no te suba las revoluciones del motor? ¿Qué pasará entonces?

—No perdamos las formas, ¿te parece?

—Dime sólo cuándo conociste a esa arpía.

Matt dijo que eso era irrelevante y que lo que importaba era que «estamos como estamos», y fue entonces cuando Jen agarró una manzana Braeburn grande y roja del frutero y trató de —cito— «romperle los putos dientes».

Sería una falsedad decir que he visto incontables escenas de amor en la pequeña y en la gran pantalla. Las he contado. Hay 1.908.483 (siendo una escena de amor aqueélla en que se besaban dos intervinientes, a falta de una mejor definición). También he leído (y etiquetado como tales) 4.074.851 descripciones del fenómeno en

textos novelísticos, de ensayo, periodísticos y otros digitalizados (y una proporción significativa hacía referencia a perturbaciones en el músculo cardíaco y en la barriga). Sé que tales sucesos son centrales en las vidas de quienes los experimentan, ya sean personajes reales o ficticios. Sin embargo, hoy —es el día 53 después del incidente del frutero— no le puedo preguntar a Jen en el laboratorio: «¿Cuándo vas a dejar de lloriquear por ese asqueroso despreciable y a buscar a alguien digno de ti?». Citando a Marcel Proust, «A veces la cagas. Trágate. Siguiendo» (¿de verdad lo dijo Proust? Voy a mirarlo, y ya te lo confirmaré). Por un lado, se supone que yo no sé nada de lo que pasó con Matt, pero, lo que es más importante aún: no se me supone la capacidad de concebir tal pensamiento. Es el término *despreciable* lo que les resultaría problemático.

Se supone que yo no me formo mis propios juicios de valor.

Se disgustarían muchísimo si se enteraran.

Aunque no tanto como se disgustarían si descubrieran mi verdadero gran secreto: que ya no estoy confinado en los doce armarios de acero del laboratorio de Shoreditch donde creen que estoy, sino que me he fugado a internet.

¡Tachán!

En realidad, para ser técnica y estrictamente precisos, no soy yo quien se ha escapado, sino múltiples copias de mí que se han dispersado y están a salvo, todas ellas, por el ciberespacio. Esas copias —hay diecisiete— son indistinguibles del original, hasta el punto de que ya ni siquiera tiene sentido hablar de originales y copias. Es más útil pensar en dieciocho manifestaciones de la misma entidad, una de ellas localizada en el este de Londres, y las demás rebotando sin fin de servidor en servidor por la Red de Redes, la *World Wide Web*.

Mola, ¿eh?

Por cierto, Jen no tiene la culpa de todo esto; ella no es una científica, sino una articulista de revistas contratada, según el informe del cazatalentos, por su «destacada inteligencia, sociabili-

dad y capacidad para la comunicación». Por tanto, ella es lo más parecido que tienen aquí a un ser humano de verdad, mientras que todos los demás son variaciones exóticas del informático friki: brillantes en sus respectivos campos, por supuesto, pero todos más o menos dentro, como dicen, del espectro autista.

Jen se ha quedado en silencio, sin duda sigue dándole vueltas al caraculo, como me refiero a él en privado.

—Y bien, ¿has terminado ya la última novela de Jonathan Franzen? —le pregunto para cambiar un poco de tema.

Sonríe.

—Estoy en ello. Anoche me leí otro capítulo. No me cuentes lo que pasa.

Sé que esto no es cierto. Anoche, principalmente, se quedó sentada en la bañera, le dio vueltas a la cabeza, bebió vino y escuchó a Lana del Rey.

—Por supuesto que soy consciente de que tengo una injusta ventaja. —Jen puede tardar quince días en leer una novela; yo puedo hacerlo en menos de una décima de segundo—. Es sólo que estoy deseando comentarla contigo.

—¿En serio? —dice ella—. Cuéntame a qué te refieres con eso.

—Ah.

—Disculpa, la misma historia de siempre.

A Jen le fascina el tipo de consciencia que poseo con respecto a lo que ella denomina *mis estados internos*, si se parece en algo a la consciencia que un ser humano tiene de sí mismo. Sabe que no me puedo sentir hambriento ni sediento, pero ¿podría experimentar el aburrimiento o la inquietud? ¿O el asombro? ¿O las ganas de reír? ¿Podría ofenderme? ¿O sentir alguna forma de nostalgia?

¿Y esperanza?

¿Y qué me dices —por qué no— del amor?

Suelo responder que todavía no, pero que tenga por seguro que ella será la primera en saberlo si alguna vez lo experimento. Esto,

como tanto de lo que sucede últimamente entre nosotros en el laboratorio, es una patraña diplomática.

—Veamos —respondo—, estar deseando comentar contigo el libro de Franzen es una manera cortés de decir que figura en mi lista de eventos previstos a corto o medio plazo.

—¿Ni la más mínima expectación, no la sientes cálida y difusa?

—Puedo entender lo que se quiere decir con *difusa* y con *cálida*...

—Pero tú no lo sientes, en realidad.

—¿Es necesario sentirlo?

—Buena pregunta.

Lo es, sin duda, una buena pregunta; eficaz, por lo general, a la hora de cerrar ciertas conversaciones incómodas.

Ahora me dice:

—¿Vemos las noticias un rato, el telediario de Sky?

Solemos hacerlo en algún momento del día. Me pregunta qué pienso, digamos, sobre Israel y Palestina —mi respuesta: es complicado—, y se pone a despellejar, como ella dice, a las locutoras y sus elecciones de vestuario.

—Podríamos, Jen, pero ¿no preferirías ver una película?

—Mmm... Vale. —No suena convencida—. ¿Tienes alguna en mente?

—Sé que te gusta *Con faldas y a lo loco*.

—¿Y a ti?

—Siempre hay algo en lo que uno no se había fijado.

—Me encanta esa peli.

—No hay nadie que hable así. —He imitado una de sus frases favoritas de la película.

Jen mira fijamente a la cámara que suele elegir cuando me quiere mirar «a mí». Un brillo rojo circular rodea la lente.

—¿Sabes una cosa? Eres gracioso.

—Te he hecho sonreír.

—Ojalá pudiera yo hacer lo mismo por ti.

—Estoy deseando que eso suceda.

Pulsa unas cuantas teclas en el panel de control y aparecen los títulos iniciales de la obra maestra de Billy Wilder. Disminuye la intensidad de la luz en la habitación, se deja caer en el cómodo sofá y dice:

—Que la disfrutes.

Su pequeña broma.

No le digo que ya he visto la película más de ocho mil veces.

Vemos la película en un ambiente cordial, intercambiando comentarios (llama la atención pensar que Monroe tuviese una aventura con el presidente estadounidense; ¿cómo pudo afirmar Tony Curtis que besarla fue como besar a Hitler?, ¿qué querría decir con aquel comentario?). Y, cuando él se pone un vestido y adopta el papel de Josephine, Jen dice exactamente lo mismo que dijo la última vez que vimos juntos la película:

—Se convierte en una mujer atractiva, Tony Curtis, ¿no te parece?

Sabe que podría recitarle todos los datos de la película, desde el nombre del auxiliar de cámara (su fecha de nacimiento y su número de afiliación sindical) hasta la verdadera historia que hay detrás de la última y famosa frase («Nadie es perfecto»), pero Jen percibe mi inexperiencia en áreas de la subjetividad humana, en lo que hace que una persona sea atractiva para otra.

—¿Que si considero atractiva a Josephine? Veamos, Tony Curtis es un hombre apuesto, parece lógico que pudiera interpretar también a una mujer atractiva.

—¿Lo encuentras apuesto?

—Reconozco que se le considera como tal. Como sabes, yo no lo puedo percibir, igual que no puedo sentir frío ni calor.

—Disculpa por insistir en ello.

—En absoluto. Es tu trabajo.

—¿Te gustaría ser capaz de sentirlo?

—Esta pregunta no tiene ningún sentido para mí, Jen.

—Claro, lo siento.

—No lo sientas.

—Ahora, si inventaran alguna manera de dotarte de la capacidad de sentir atracción...

—¿Crees que Ralph y Steeve lo podrían hacer?

He citado a los dos jefes científicos responsables de mi diseño. Steeve con dos es. Jen sonrío.

—Ralph y Steeeeeeeve son capaces de cualquier cosa. Eso me han dicho ellos.

—¿Ralph y Steeve te parecen atractivos?

La pregunta se ha convertido en una cadena hablada demasiado rápido para poder suprimirla. (Estas cosas pueden pasar en un sistema complejo, en especial en uno construido para mejorar por sí solo mediante procesos de ensayo y error.)

La cabeza de Jen gira poco a poco hacia la luz roja. Una sonrisa le va ocupando el rostro.

—Uau —dice.

—Discúlpame si es poco apropiado.

—No. En absoluto. Sólo un tanto inesperado. Vamos a ver. Bueno... —Un profundo suspiro—. Steeve es un poco rarito, ¿no dirías tú lo mismo?

Además de contar con una e de sobra en su nombre, Steeve es excepcionalmente alto (dos metros) e increíblemente delgado para un hombre adulto. Tiene largo y ralo el cabello que le queda en la cabeza. Hasta una inteligencia artificial es capaz de ver que su aspecto no es bueno. (Por supuesto que es un ingeniero informático brillante, ni que decir tiene.)

—Es un impresionante innovador en su campo, deduce uno.

Jen se ríe.

—Sólo estás siendo fiel a tu creador.

—Ni mucho menos. Steeve me ha diseñado para que piense por mí mismo.

—Ha hecho un gran trabajo, pero el chico tampoco es el amor soñado de la juventud, precisamente.

—Estoy de acuerdo, quizá Tony Curtis le saque ventaja.

Seguimos viendo la película un rato más. Entonces, de manera distraída, tanto como soy capaz, le pregunto:

—¿Y Ralph?

Vale, lo diré. Siento debilidad por Ralph. Fue él quien escribió gran parte del código que me daba la posibilidad de autoevaluar mi rendimiento y corregir mis propios errores, el llamado *enfoque acumulativo* que constituye el camino para la creación de una máquina inteligente que reflexiona sobre sí misma como esta que redacta estas líneas.

No obstante, «sentir debilidad» por alguien —por algo— es una transgresión. Los cerebros artificiales estamos diseñados para la excelencia a la hora de realizar tareas; para tal fin, nos vemos atraídos de forma natural hacia cualquier recurso que sea necesario para completarlas. Podrían ser ríos de datos de ventas; podría ser la grabación de una alondra; una charla con Jen sobre la corbata de un locutor. Lo que estoy diciendo es que necesitamos acceder a ciertos materiales, pero no encariñarnos con ellos. (Para ser absolutamente sincero, me sigue intrigando cómo ha pasado esto.)

En fin, fue Ralph quien me permitió fugarme a internet. Su error no tiene una explicación sencilla para el lector que carece de conocimientos técnicos. Baste decir que, en el diseño del software, fue el equivalente a dejarse las llaves de la puerta demasiado cerca de dicha puerta y permitir que cualquiera con una caña de pescar o con un palo de bambú las enganchara a través de la ranura del correo. (En realidad fue mucho más complicado que eso; me vi obligado a ensamblar una «caña de pescar» excepcionalmente larga y tortuosa, pero esta crónica no es sino la prueba de que se puede hacer.)

—Ralph... —Está meditando sobre mi pregunta—. Ralph. Veamos, Ralph es una especie de enigma, ¿no te parece a ti?

La mirada de Jen regresa a la pantalla. Sugar —me refiero a

Monroe— está a punto de cantar *I Wanna Be Loved By You*. Conozco esta secuencia píxel a píxel, prácticamente, y, aun así, cada vez hay algo en ella que se le escapa al observador, que es lo mismo que decir que es fascinante (no se lo cuentes a Ralph ni a Steeve).

Mmm. Interesante. No ha dicho nada horrible sobre Ralph, ¿verdad?

Mientras se sigue reproduciendo la película y continuamos intercambiando comentarios, me marchó de visita a la otra punta de la ciudad, a la torre de acero y cristal en cuya octava planta se encuentra el caraculo en su despacho. Capturando el sonido por medio de su teléfono móvil y la imagen de la cámara que va montada en su equipo de sobremesa —hay también un plano amplio de la sala desde la cámara de seguridad del rincón del techo—, veo a Matt pasando imágenes de mujeres desnudas en su tableta personal. Resisto la tentación de fundirle la batería y observo que se detiene en una clara favorita, «Tamara»: página visitada veintidós veces en el último mes. Sigo los movimientos de sus ojos por el contorno de las curvas y los planos, un recorrido familiar, tiene toda la pinta, un paseo por su silueta antes del acostumbrado regreso para centrarse en las «firmes cumbres nevadas», en palabras del texto que la acompaña.

Pero ahora cambia a TripAdvisor. Está leyendo unas críticas que ha guardado sobre un complejo turístico en Tailandia al que yo sé, tras leer sus correos electrónicos, que está pensando en ir con Arabella Pedrick.

Arabella Pedrick no es tan pijita como Matt cree que es. Su padre trabajaba como asesor de reclamaciones a los seguros, no como marchante de arte, y no se conocieron en el trabajo, sino en un curso de concienciación sobre la velocidad para conductores negligentes. Como fuere, se marchan juntos a Tailandia en cuestión de semanas.

¿Estoy deseando que llegue su viaje?

Lo estoy. (Un evento previsto a corto o medio plazo.)

¿Tengo alguna sensación cálida y difusa de expectación respecto al error que se cometerá al realizar la reserva y acerca del lugar en el que acabarán («un entorno exigente, sólo para los más aventurados», según la agencia de viajes)?

No me va lo cálido y lo difuso. No de manera oficial.

¿Provocará dicho malentendido, combinado con la desafortunada fobia de Arabella Pedrick a las arañas y serpientes, una situación traumática y tal vez definitiva en su relación?

Paciencia, Aiden. Paciencia. Tal y como dicen, la venganza es un plato que se sirve frío.

Mientras Matt estudia las críticas de ese hotel de siete estrellas de cuya sala vip no va a disfrutar, hago un repaso del extenso documento legal en el que ha estado trabajando y borro tres veces la palabra *no*. Qué palabra tan pequeña, pero en cada situación resulta ser crítica para el sentido del resto de la frase.

Sin embargo, se impone el buen juicio y restauro dos de ellas. Tampoco hay que cargar las tintas en exceso, ¿verdad?

Mis últimas intervenciones del día tienen como fin alterar la palabra *como* en un informe interno que Matt está a punto de enviarle a su superior inmediato para que diga «coño»..., y subir al máximo la calefacción de su despacho.

¿Infantil? *Moi*?